

**E.
HARO
TEGLEN**

LAS DIFICULTADES DE SUAREZ

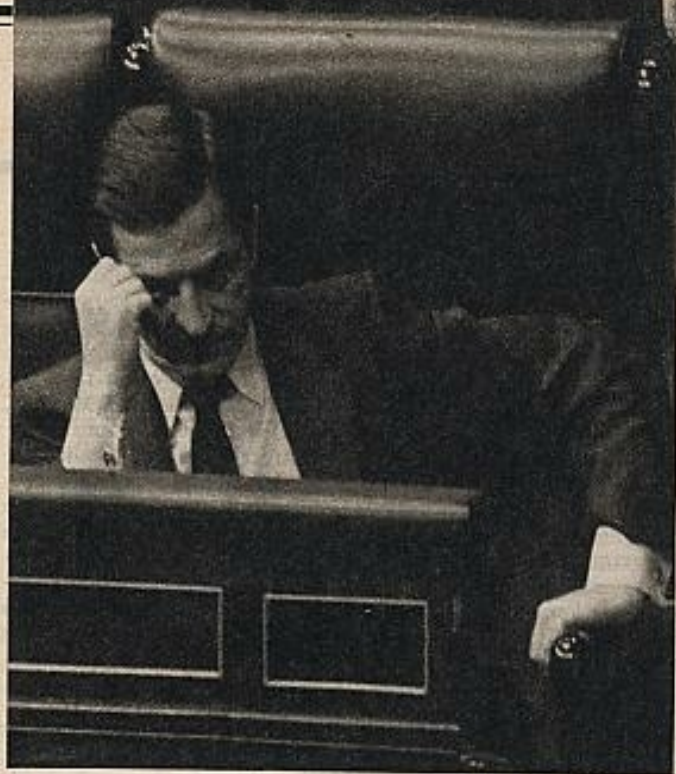
COMO todos los débiles, el equipo de Gobierno trata de acelerar una impresión de fuerza y de seguridad; desgraciadamente sólo consigue aumentar una sensación de incertidumbre. Desgraciadamente, se puede decir en este caso, porque no se ven fácilmente soluciones satisfactorias de recambio. Los últimos espectáculos de fuerza resultan una contradicción. La insistencia en mantener el error andaluz en la ocasión de las proposiciones de ley para modificar la Ley de Referéndum, acabada en la victoria pírrica por un solo voto; el episodio tragicómico de la Comisión que investiga irregularidades posibles en Televisión —el punto cómico lo puso el señor La Cierva, el dramático el presidente de la Comisión, diputado de UCD, Alberto Estella, al dimitir—, la extensión del plan de seguridad nacional expuesto por el ministro del Interior al Senado, van dibujando cada vez más este esquema de una situación defensiva que no para en medios, que pierde de vista las reglas del juego. Las intervenciones gubernamentales son destempladas y despechadas, la idea de que el poder no retrocede aunque se equivoque abunda. Parece claro que el equipo de Suárez ve más el riesgo por su derecha que por la izquierda del país y trata de hacerse valer, ante ella, de obtener su refuerzo. Tiene tres razones para ello: una, que las presiones de esa gran derecha que mantiene posiciones de poder son cada vez mayores y crecen de día en día a medida que sus acciones y decisiones, muchas veces no previstas por el Gobierno, no encuentran resistencia; otra, su propia vocación personal histórica y actual que inevitablemente le lleva a enfrentamientos mayores con la izquierda; la tercera, que la posibilidad de un pacto para fortalecer su posición parlamentaria le parece más fácilmente realizable. Si la primera resulta una realidad externa, y la segunda una forma de su propia naturaleza política, la tercera es errónea. No se obtiene nada sin dar algo, y cuando se negocia desde la debilidad, hay que dar mucho. La gran derecha cada vez pone más altas sus condiciones. Habrá que pagar caro al PNV su ausencia del Parlamento en dos momentos tan decisivos para la historia del país como la votación de censura y la de la Ley de Referéndum. Habría que pagar caro a Fraga para que éste saliese de su abstención. Habría que pagarle tal vez con un puesto ministerial; y un Gobierno débil e inseguro donde esté Fraga, o donde esté Silva, sería un Gobierno dominado por Fraga o por Silva.

LA gran derecha probablemente no se conforma ya con nada: lo que quiere es gobernar. No tiene representación parlamentaria suficiente para ello; no la tendría aun en el caso de que se celebrasen unas elecciones generales anticipadas, que no son previsibles. Si juzgáramos con los datos de hoy, y después de los últimos acontecimientos políticos y del desgaste continuo de la vida nacional, UCD perdería votos, los ganaría el PSOE, los ganaría Alianza Popular; quizá se mantuviese estable el PCE y crecerían las abstenciones. Crecerían, también, los partidos autonomistas. Pero es muy posible que las proporciones no varíen tanto como para cambiar sustancialmente las cosas. Aparte de ello, unas elecciones generales en un momento de dificultad general como éste darían al país un tiempo largo de vacío que no resulta muy aconsejable. Ningún partido las ve en estos momentos como inmediatas.

SIN embargo, resulta impensable que se pueda continuar gobernando así —o no gobernando así— durante tres años más. ¿Qué soluciones pueden apuntar? Una sería la persistencia de Suárez, pero con unos cambios drásticos en su política, con una nueva decisión, aprendida de las últimas lecciones. Ya se ve que no es así. La refacción que ha tomado con los cambios ministeriales no le ha fortalecido: la vía de la energía no le añade el prestigio buscado y la eficacia en atajar los males del país no se ve por ningún sitio. No hay razón ninguna para creer que puede hacer más de lo que ha hecho hasta ahora.

PERO la salida de Suárez plantea problemas muy difíciles. En primer lugar, no hay mecanismo legal para desmontarle en contra de su voluntad. La cuestión de la "moción de censura constructiva" da el resultado previsto, y la votación de confianza es potestativa del presidente. El Jefe del Estado no tiene los poderes constitucionales antiguos de retirar su confianza al presidente del Gobierno llevándole a la dimisión. No hay más que dos posibilidades: una, la decisión propia de retirarse; otra, la presión de su propio partido, aunque apareciese también como retro voluntario. No hay que pensar en la primera, porque no hay tal ánimo en Suárez y su equipo personal; la defensa más allá de lo posible que está haciendo en estos momentos tiene el sentido claro de continuar. Hasta aproximarse a la mentalidad de ese equipo para ver cuál es su punto de vista sobre la situación actual: cree que está haciendo una poli-





tica excelente, que las dificultades son externas y que lo que necesita es tiempo y piensa en la existencia de una campaña amplia de una ofensiva, que es la que impide gobernar con eficacia. Cree que está en su derecho —y lo está— al insistir en mantenerse en el poder.

LA presión interior en el partido existe. Se hace en dos direcciones, como consecuencia de la propia naturaleza del partido, que es en realidad un movimiento inventado para gobernar, pero que tiene demasiados delfines dentro por esa misma razón. La tendencia de la parte que está más a la izquierda dentro de ese movimiento que es UCD ha perdido su fuerza en los últimos meses. Algún comentario político sagaz ha apuntado la posibilidad de que este sector se escindiera y, formando parte de otros disidentes de otros partidos, formara lo que se ha llamado un partido bisagra que pudiera inclinarse hacia los dos grandes mayoritarios, dando una posibilidad de alternativa de poder y moderando en cualquier caso el sentido de gobierno (sumado al PSOE, le obligaría a no irse a la izquierda; a UCD, a no irse a la derecha); podrá pasar quizá dentro de tiempo, pero no ahora.

LA situación actual favorece al sector más a la derecha. Podría salir de él un recambio para Suárez, convertido en una especie de Willy Brandt de UCD; un Suárez que saliera del Gobierno cargado de honores y mercedes como el creador de la transición y el inventor de esta democracia, asegurado de pasar a la Historia y encargado de la consolidación y la política y la doctrina generales del partido, pero sin la presidencia del Gobierno; Suárez dimitiría ante el Rey, el Rey encargaría de formar Gobierno a otra personalidad de UCD —como requiere su mayoría parlamentaria—, que figuraría claramente definida a la derecha; esa otra personalidad podría apoyarse en una coalición más amplia, contando con otros grupos de la derecha y con una tregua inmediata en el asalto por parte de la derecha. La izquierda podría entonces relaborar con más soltura su papel de oposición.

LO que daría ese Gobierno de derecha abierta, en lugar de la derecha vergonzante de ahora, al país es dudoso, dada la coyuntura actual. Probablemente, una bipolarización más clara y una radicalización de la base de la izquierda. No sería una solución. Pero sería un intento de salida. ■

Los
Contem
pora
neos

PATATAS

EL principio por el cual debemos comernos nuestras propias patatas, porque los ingleses no quieren comérselas, es clásico: ya se hizo, en otros tiempos, con las uvas de Almería. Tiene el peligro de su extensión. Tendríamos que comernos toda nuestra huerta, porque los franceses la queman; calzarnos nuestros zapatos que no compran en América y vestirnos con todos nuestros tejidos que no entran en el Mercado Común. Al final, terminaríamos devorándonos a nosotros mismos, en vista de que no hay trabajo para la emigración en el extranjero. Ya propuso Swift una solución como esa —“a modest proposal”— para acabar con el problema irlandés, que comenzó también con una cuestión de patatas: comerse a los irlandeses.

En realidad, llevamos siglos comiéndonos a nosotros mismos. Comiéndonos nuestra religión, en forma de nacionalcatolicismo, inexpertable y encerrada aquí; comiéndonos nuestras costumbres sexuales, nuestros matrimonios indisolubles, nuestras dictaduras, nuestros patriarcas. Todos estos grandes tubérculos que hemos ido produciendo inútilmente a lo largo de los siglos. Cuando no hemos podido comérselo todo de una sentada, lo hemos convertido en conserva, para los momentos de necesidad. Así puede abrirse ahora una buena lata de franquismo en conserva. Y una lata de Calderón de la Barca y otra de Santa Teresa. Conservas de Cid Campeador para pegarnos con los moros —“moros, no”, dicen algunas pintadas en Madrid—, conservas del Empeinado para enfrentarnos con Napoleón d'Estaing. Abra usted su vieja conserva del padre Ripalda —“Decid, niño, ¿cómo os llamáis?”— para resolver su problema generacional. Y su lata de Serrano Suñer para acusar a la Unión Soviética.

Y quizá será conveniente que vayamos preparando conservas nuevas para el futuro. Aunque tengamos poca democracia, hay que irla guardando también, para cuando haya menos, y podamos abrir una lata: en nuestro sótano, con nuestra multicopista; o en la peligrosa esquina de la cita clandestina.

Aquí todo vale. No hay que tirar los restos. Hay que conservarlos; somos grandes conservadores. Conservémonos nosotros mismos, que el día de mañana nos vamos a hacer falta. Y lo que sea precible, lo que no se pueda guardar —como las patatas— consumámoslo en el acto. Conservemos restos del debate de la moción de censura y del voto sobre reforma de los referendums de autonomía: mañana, a lo mejor, no tenemos Parlamento.

Dejemos corto este artículo. Guardemos un poco en la despensa, en el refrigerador, bien congelado. Para cuando, mañana, no podamos publicar ninguno. ■

POZUELO